

## El príncipe que espabiló con las mujeres

«LA COPA DAURADA» de Henry James. Traducción de Jordi Arbonés. Edicions 62. Barcelona, 1995. 259 páginas.

A L contrario del egotismo de otros novelistas en sus «carnets», en los «Cuadernos de notas (1878-1911)» de Henry James abunda la elaborada sedimentación de ficciones a partir de gérmenes inesperados que, en su telaraña o como pólipos, iba pillando en tertulias o en cacerías premeditadas —su hermana Alice se quejaría luego de tantas apropiaciones—. Para sus fieles lectores, las anotaciones de James serán goce impagable porque podrán ver cómo una imagen escueta se arbola hasta navegar —previa la labor morosa de andamiaje y escenificación del viejo maestro— con todo el velamen de una novela inolvidable. Sin embargo, poco de su vida cuenta James en sus carnets y para el caso será más provechoso leer sus cartas. Es costumbre algo cruel referirse a los tres estilos de James: James I, James II y el Viejo Pretendiente. A esa época pertenece de lleno «La copa daurada» (1904), densa, prolífica y algo fatigosa, con su inteligente damisela americana Maggie Verver, y el príncipe italiano Amerigo. Charlotte Stant fue y será amante del príncipe, además de casarse con el padre de Maggie. «La copa daurada» está servida.

Con Henry James cabe la caricatura del personaje social pero otra cosa es el artificio dispuesto a todo, cuando su tema le aguarda, «en exceso erizado y cargado a la espera de la mayor pericia economizadora posible». En soledad, fortalece la voluntad de perfección para poder hundir la mano «en el pasado saco de las reminiscencias, de la sugestión, de la imaginación, del arte, y pescar hasta la última silueta y felicidad, cada minúsculo hecho o fantasía que sirvan a mis propósitos».

Más que crear personajes se trata de representar y construir situaciones: la «concisión robusta y vivida». Londres le dio su fulgor y allí se convirtió en invitado profesional —en un solo invierno se le conocen más de cien cenas fuera de casa—. Al retirarse a Rye iba a añorar el pavimento y los escaparates londinenses, las tazas de té con los amigos y los chismes. Con la soledad y la vejez disimuló menos su interés por los jóvenes: después de Hendrick Andersen aparece Jocelyn Persse. Sin embargo, para el viejo maestro —quien reelabó de la novela como «tajada de vida» pero admiraba a Balzac— sólo cuenta el aprendizaje de su arte: «Ataca, ataca una y otra y otra vez lo particular: sólo te es preciso vivir y trabajar, mirar y sentir, reunir y anotar».

Hardy se vengó en su día: «Henry James

tiene una manera poderosamente cálida de no decir nada con frases infinitas». James anota largas listas de nombres para lugares y personajes, esboza proyectos, intrica tramas. El teatro es la gran pasión que le lleva hasta las lágrimas, la «pequeña forma divina, difícil, artística, ingeniosa, arquitectónica». Está convencido de que el método

escénico es su única salvación: obtener la perfección de una acción condensada. Husmea en unos papeles de Lord Byron, charla con Taine o Bourget, recuerda a Turgueniev, escucha a su hermano o a los Adams. Muere su madre. Viaja. Cambia de casa y aparece de vez en cuando por los Estados Unidos: luego evocará los ocasos de invierno, «la sangre sobre la nieve, el rosado cristal al oeste, la salvaje sinceridad, la salvaje tristeza (?) —por así llamarla—. Siempre regresa a su Londres. Una copa que fuera dádiva de Jorge I inspira la idea de «La copa daurada», con sus simetrías amorosas y morales, en la intrincada constelación familiar —dice Leon Edel en

«Sus chalecos y las ambigüedades de su charla fastidian a algunos pero él suele declarar su gratitud ante el destino...»

«...está dictando sus obras y por eso se ha dicho que novelas como «La copa daurada» son, estrictamente, narraciones orales»

su gran biografía del maestro— de aquella novela de triángulos. Nada hacía suponer a Maggie que su marido fuese tan perverso e infiel. James pensó que sería su mejor novela.

Se somete a la terrible ley del arte —«vagas y débiles son las palabras, pero la experiencia y el empeño son de oro fundido y de diamante». De repente «la vida me llena los pulmones, la luz de una realización centellea por todas partes, y puedo creer, ver, hacer». Sus chalecos y las ambigüedades de su charla fastidian a algunos pero él suele declarar su gratitud ante el destino y sabe que debe lograr la forma de una creación espléndida y suprema para dejar atrás todo lo que no sea «bello, humano, natural, fundamental, apasionado». La ley es simplificar poderosamente: con los años reduce su nómina de personajes y se concentra en lo más elusivo. Por eso y por algún que otro motivo, Wells dijo que existía una conspiración de escritores expatriados —James; Conrad, polaco; Ford Madox Ford, de padre alemán; V. H. Hudson, criado en la Patagonia— para subvertir el orden de la prosa inglesa. Aumenta la prolijidad de sus meandros: está dictando sus novelas y por eso se ha dicho que obras como «La copa daurada» son, estrictamente, narraciones orales. En 1915, un infarto le presentó a «la distinguida».

Valentí PUIG